

Una Frase sin Palabras

Oscar salió tarde de su casa. Ya eran casi las diez de la noche, específicamente las nueve con cincuenta y tres minutos. Iba vestido con un traje de lona color gris con un sutil patrón de líneas diagonales entrecruzadas, que apenas se distinguían con la luz de la calle, únicamente iluminada por un par de farolas en cada cuadra.

Su camino rápido hizo que levemente transpirara. Su camisa blanca se iba humedeciendo a medida que el sudor lo rodeaba desde su frente hasta las medias que tenía puestas. El paso acelerado causaba que, poco a poco, su corbata roja se fuese soltando. En una mano callosa, sujetaba firmemente su saco de baquetas, mientras que con la otra sujetaba los lentes cada diez o quince segundos para que no cayeran ni se cristalizaran en pequeños granitos.

Sus zapatos negros de cuero, heredados por su hermano mayor Carlos, tamborileaban en la acera, desamarrados; una que otra vez sus pies tropezaron. Sin embargo, Oscar ni se dio cuenta de aquel detalle. No prestaba atención a su alrededor. El bar en el que tenía que tocar esa noche, ya lo conocía muy bien: podría llegar allí con los ojos cerrados. Siempre huía de casa para escabullirse en los shows que se llevaban a cabo en dicho local.

Todo su cuerpo estaba poseído. Se desplazaba velozmente en automático, mientras su cabeza quedaba absorta en sus pensamientos. Oscar nunca se percató de que cruzó tres luces rojas, en las que casi perdió la vida. Solo pensaba en la reacción de sus padres, sus colegas de banda y el público entero al verlo llegar, tarde e impresentable, como una rata salida del alcantarillado, o un perro que estuvo bajo la furia de una tempestad.

“¿Qué tempestad?”, se preguntaba. ¿Por qué estaba llegando tarde? Pues esa tormenta que tanto lo retenía no era nada más ni nada menos que él mismo. Era la primera reflexión que hacía desde que salió de su casa, el primer pensamiento parafraseado en su cabeza luego de horas de silencio mental. Hasta eso solo habían sido tanto recuerdos como escenarios enmudecidos con él como su espectador en primera persona. El miedo y la cobardía en la que se había sumergido de repente, mientras se alistaba, eran los autores de aquel desastre.

Oscar llegaría al bar alrededor de las once, o diez más tres cuartos, en el mejor de los casos; cuando en realidad había acordado con sus compañeros que empezarían puntuales a las diez y quince de la noche. No había previsto que una incertidumbre agobiante presionara su ser hasta más no poder. Se había dejado congelado por una eternidad, o al menos así fue como sintió la noción del tiempo hasta que vio su reloj marcando las nueve y cincuenta y tres. Una incertidumbre injustificada. Una cobardía estúpida.

¿A qué le tenía miedo realmente? ¿Al rechazo de parte de su familia? Oscar, en algún momento, había fantaseado sobre una tocada espectacular, en la que el público estallaba exorbitante en aplausos y en la que sus padres se enorgullecían de él, una línea paralela en la que su pasión tomaba manifestación en su vida y era celebrada. En la vida real, no era así. Marco y Alejandra, sus padres, no estaban muy convencidos ni entusiasmados cuando Oscar decidió que la música iba a ser su vocación. Marco era trabajador dentro de una fábrica de zapatos, tenía principios altamente conservadores. Él ya había armado un plan en el que

Oscar empezaría a trabajar con él en la fábrica; pero Alejandra, quien era ligeramente más cariñosa y amable con su hijo menor, lo persuadió en que ambos debían de darle una oportunidad.

Pero Oscar se había enamorado, no de su vocación, sino de su fantasía, la cual lo cegaba del presente que avanzaba sin detenerse; por eso es que llegaba tarde, quizás.

Su hermano Carlos, tomó una carrera mucho más ortodoxa. Su talento académico le permitió rápidamente formar parte de una escuela de ingeniería civil, tanto de alumno en un principio como docente luego de unos años. Viajó por todo el país inaugurando edificaciones, pero, ese día, Carlos le prometió a Oscar que estaría puntual en el bar para verlo, según le escribió en una carta hace menos de una semana.

Oscar comprendía que su enamoramiento representaba algo imposible; tanto así que, al saber que era tan ficticio, se separó de la realidad. No obstante, por sentido de responsabilidad seguía moviéndose, encaminado como una máquina hacia el bar. Por ello, probablemente llegaba tarde.

Recobró su conciencia cuando entró al escenario. Todo el viaje que le tomó llegar ahí era ahora únicamente un espacio en blanco en su memoria. Hasta los sucesos anteriores parecían no caber en sus recuerdos. Solo existía ese momento.

No encontró a ninguno de sus compañeros de banda. El público estaba vacío. Una ausencia siniestra dominaba cada butaca en la sala semicircular. Dos personas se encontraban sentadas en la barra. Había otra apoyada en la pared junto a la entrada de la cantina. Se mostraban indiferentes ante la presencia de Oscar, parado en el escenario.

Aun así decidió sentarse en el banco. Sacó sus baquetas, movió los tambores y platillos a su comodidad. Un nudo en la garganta. Tenía mucho que decir, por lo que se puso a tocar.

Diego Carrillo Zeballos
Quinto de media